

FERNANDO LÓPEZ SÁNCHEZ, *La moneda en la Antigüedad*, Editorial Síntesis, Madrid, 2019, 282 pp. [ISBN: 978-84-9171-279-4].



En esta obra de Fernando López Sánchez se realiza un recorrido histórico a través de catorce siglos (VII a.C.-VII d.C.) de emisión monetaria que no solo abarca Grecia y Roma, sino también a China, India o Persia. Este libro se divide en tres partes: la primera estudia la moneda griega desde su nacimiento hasta la koiné; en la segunda hace un estudio de Roma y del mundo germano; la tercera parte se ocupa del análisis de diferentes monedas, como la china, india, céltica y persa.

El capítulo primero, titulado 'Lidia y Grecia', estudia el origen de la moneda, con pequeños apuntes sobre la premoneda mesopotámica, en forma de lingotes: será Sardes, capital de Lidia, la que acuñe y firme la primera moneda de electro. Se considera una moneda fiduciaria por la modificación de las aleaciones por parte de las autoridades emisoras. Al

principio, suelen ser redondeadas o anicónicas, con el reverso estriado, que luego dará lugar a diferentes emblemas, sobre todo animales como símbolos de las cecas. También, aunque más tarde, aparecen las leyendas. El auge de la plata y el bimetalismo dejarán de lado el electro, sobre todo a finales del s. VI a.C.

En el capítulo segundo, que lleva por título ‘Grecia Clásica’, se analiza la moneda en diferentes *poleis* griegas y su difusión. La primera en alcanzar cierta supremacía monetaria fue Egina, con una tortuga en su anverso, cuya influencia en el Egeo decae frente a Atenas tras las Guerras Médicas, pues Atenas, gracias a la mina de Laurión y a la liga délica, bajo el mando de Pisístrato, comienza a acuñar monedas con diferentes emblemas hasta la clásica Atenea con el verso de la lechuza. No obstante, con la derrota frente a Esparta, cayó su producción. El relevo lo tomaron Tracia y Macedonia por su mina en el Pangeo y sus cecas, incluido durante el reinado de Alejandro I de Macedonia. Corinto, especialmente entre el s. V y IV a.C., influirá especialmente en Sicilia y la costa del sur de Italia, que tomarán el estándar ateniense. Destaca el control que ejercía Corinto sobre sus colonias y el Pegaso volador en el anverso. Por otro lado, la influencia de Sicilia en Cumas y Neápolis (Nápoles) es bastante patente en el segundo cuarto del siglo V a.C. Finalmente, se puede apreciar una fuerte relación entre el aumento de acuñación de monedas en tiempos de guerra y la construcción naval para pagar a los remeros.

El capítulo tercero, ‘Alejandro y el helenismo’, expone la emisión monetaria desde Filipo II, pasando por Alejandro III, hasta los diádocos. En la Macedonia de Filipo II aumentan las monedas de oro, las estáteras, que desplazarán al dárlico persa, gracias a las minas del Pangeo. Durante el reinado de Alejandro III se adopta el canon ático en cuanto al peso monetario. Destacan los ‘alejandros póstumos’, monedas que, tras la muerte de Alejandro, se internacionalizan. Se estudia el aumento de la emisión monetaria durante los años 330 y 290 a.C., barajándose dos hipótesis: el botín de los aqueménidas o la explotación intensiva del Pangeo para el pago de los militares licenciados. Por último, los diádocos seguirán el rumbo marcado por los dos reinos anteriores, aunque utilizarán sistemas abiertos y cerrados dependiendo de sus intereses personales.

Dentro del capítulo cuarto, que se titula ‘Seléucidas y egipcios’, se estudian los sistemas monetarios abiertos, que permiten la afluencia de

moneda extranjera en el territorio, y cerrados, que consisten en eliminar el peso de las monedas y acuñación de monedas fiduciarias de bronce o cobre para frenar la moneda exterior. El reino selúcida fue abierto hasta principios del siglo II a.C. debido a las guerras y presiones de partos y romanos hasta tal punto que se cerró en diferentes regiones, que empezaron a acuñar nuevas monedas de diferentes estándares monetales, lo cual se identifica por la pérdida de poder central y la fragmentación política del reino. En cuanto al Egipto ptolemaico, que siempre fue cerrado, permanecerá casi intacto hasta el siglo III d.C., cuando sufrirá las reformas de Diocleciano y Aureliano.

En el capítulo quinto, que se denomina ‘La koiné cartaginesa’, se trata el origen y los avatares que sufrió la moneda cartaginesa. En primer lugar, nació en un momento tardío con los estándares del peso ático, en el último cuarto del siglo V a.C., en regiones que no solo la vinculan con el norte de África, sino con Sicilia, Cerdeña y el sur de Italia. Con las diferentes guerras, como la de Agatocles o las guerras púnicas contra Roma, parece que la moneda de vellón es la predominante hasta tal punto que la más corriente en circulación fue la de bronce, dando como resultado un sistema cerrado. Por otro lado, representaciones características de estas monedas serán el caballo en África y el toro en las cecas hispanas, como las de Malaca y Gades.

La segunda parte del libro se centra en la moneda romana hasta el mundo germánico, comenzando por el capítulo sexto del libro, titulado ‘La república romana’. Aquí se comenta la influencia de los pueblos periféricos en la moneda romana, como los samnitas, etruscos y los griegos de la Magna Grecia, cuyo influjo se percibe en el sistema de pesos. La moneda romana nace como lingotes toscos de bronce, llamados *aes rude* y *aes signatum*, en el s. IV a.C., hasta aparecer con forma discoidal, *aes grave*. Durante las guerras púnicas van surgiendo diferentes monedas con diversos motivos, como el *quadrigatus* o el *aureus*. La fluctuación de las monedas argéneas y áureas es irregular, mientras que la de bronce suele ser la más estable. Es interesante observar la libertad con la que actúan las cecas locales, aunque conforme nos acercamos al final de la república se exigen las leyendas en latín. Finalmente, termina este capítulo con César, que sienta las bases del sistema trimetálico con motivos personalistas en las representaciones que figuran en las monedas.

El capítulo séptimo, cuyo nombre es ‘La *Pax Romana*’, se dedica al análisis del sistema numerario del imperio desde Augusto hasta el siglo III d.C. Bajo el imperio de Augusto se generaliza el sistema trimetálico con el oro, la plata y el bronce o latón. Se suele considerar a la dinastía julio-claudia como austera por la irregularidad de sus emisiones monetarias. Durante los flavios el áureo y el denario, este en menor medida, traspasa las barreras de Italia en el siglo I d.C. En el siglo II de nuestra era la ceca de Roma adquiere más importancia gracias a los botines de metales preciosos, sobre todo gracias a Trajano y Adriano. No obstante, este superávit argénteo y áureo se reduce con Marco Aurelio y Lucio Vero por las guerras y los gastos extraordinarios. En el último punto, que abarca el s. III d.C., asistimos a la depreciación del áureo y al intento de conservar el valor del denario con la creación del ‘antoniniano’, con el fin de pagar los sueldos de sus soldados. En cuanto a su iconografía, destaca el busto del emperador y la imagen de las casas imperiales.

A continuación, en el capítulo octavo, titulado ‘Las provincias romanas’, se centra el autor en la autonomía de las cecas de las provincias, la tipología, la lengua en que se escribían las leyendas y la intervención del emperador en las mismas. Se puede decir que hubo, desde la batalla de Accio hasta el gobierno de Diocleciano, alrededor de quinientas ciudades emisoras y cien mil tipos de las mismas. Había cierta libertad a la hora de escribir las leyendas, pues aparecen en griego y en fenicio. La iconografía es muy variada: el busto del emperador, las divinidades locales, edificios relevantes o dataciones temporales diferentes. La autonomía residía, especialmente, en la producción de bronce y, en pocas ocasiones, el batido de oro y plata, que era controlado más férreamente por el emperador. Finalmente, se puede estudiar, desde el punto de vista histórico, la identidad en el mundo romano gracias a los motivos de las monedas, siendo símbolos que representaban al imaginario colectivo de las provincias.

El capítulo noveno, ‘El imperio tardorromano’, nos describe la situación monetaria romana en tal periodo, durante el cual se intentó volver a un sistema trimetálico sólido y solvente para sobreponerse a la inflación del siglo III d.C. y las continuas guerras que se suceden. Durante el gobierno de Aureliano se crea el *aurelianus*, que de manera intermitente logró contrarrestar la depreciación del *antoninianus*. Bajo Diocleciano se pone en circulación el *argenteus*, más puro; se introduce el *nummus*,

que intenta ser el sustituto del *aurelianus*; la actividad de las cecas aumenta en función del volumen de soldados acantonados. Finalmente, tenemos a Constantino, que sustituye el *aureus* por el *solidus* con fines bélicos, el *argenteus* decae y desaparece sustituido por otras monedas argénteas. En suma, estos intentos por restaurar el sistema trimetálico logran pequeños éxitos, pero será el oro de Oriente el más utilizado para realizar los pagos más importantes, como donativos a los aliados de guerra.

Para finalizar esta segunda parte, se añade un capítulo décimo, ‘El mundo germánico’, donde se nos informa de que su primera moneda se acuñará en el siglo VI d.C., pues no estuvieron interesados en este tipo de prácticas, aunque se han encontrado sestercios y denarios en diferentes zonas, seguramente por la ruta del ámbar. Cuando se deprecia el valor del oro o de la plata, los germanos solían fundirlos para hacer joyas y moldear sus armaduras. En las relaciones con el Imperio Romano se percibe claramente la política exterior romana basada en el patronazgo y pago de subsidios a sus aliados. Por otro lado, se puede percibir cómo Occidente decae en la producción de oro y es el naciente Imperio Bizantino el que acuña y reparte el oro de mejor calidad, que incluso llegará a Escandinavia. Como conclusión, en el siglo VII d.C. se devalúa el oro y es el *trémisis* el que se utiliza en las importantes transacciones. El bronce o el latón se emplea para las transacciones comerciales más cotidianas.

El primer capítulo de la tercera y última parte, ‘Persia’, estudia el periodo comprendido entre el siglo V a.C., cuando se apodera de Lidia, hasta el siglo VII d.C., con los sasánidas. El primer sistema empleado por los persas fue un sistema bimetálico, con el dáríco de oro y el síglo de plata, siendo el primero el más importante e internacional en el mundo griego. Las satrapías más allegadas al soberano acuñaban monedas, a veces con motivos griegos, como la lechuza ateniense, junto a títulos de Artajerjes III. Con las conquistas de Alejandro, las leyendas griegas florecen. Con la llegada de los partos se siguen utilizando las leyendas griegas, pero se introducen motivos diferentes que conviven con los anteriores. Por su parte, los sasánidas (III-VI d.C.) escriben sus leyendas en pahlavi y se modifican los grabados, pues utilizan los bustos de los monarcas con coronas que varían según el gobernante. No se puede olvidar los motivos del fuego zoroástrico y el altar y la acuñación del oro, el dinar sasánida.

El capítulo décimo segundo, ‘La India’, investiga el origen de la moneda junto a los avatares políticos que tienen lugar en la India, además de la influencia de los motivos y acuñaciones, pues se trata la moneda greco-bactria, indo-greca o indo-parta. Por la influencia aqueménida, en el siglo V a.C., se empieza a utilizar la moneda con marcas de punzón, de plata, con un solo lado marcado con animales o plantas. Tras hablar de la influencia griega en las monedas, por ejemplo, la doble acuñación o el uso del griego en las leyendas y su iconografía, destaca el Imperio Kushán y Gupta. El Imperio Kushán fue el primero en acuñar monedas de oro y en comerciar con otros imperios, como el romano o el chino. En sus monedas, al final de su existencia, aparecen motivos hindúes o budistas, como Buda en forma antropomórfica. En cuanto al imperio Gupta, que sucede al de Kushán, acuña monedas con leyendas en sánscrito antiguo y se ve influenciado por el hinduismo. Utiliza el oro, la plata, el cobre y el plomo, siendo el cobre sustituido en regiones por *cauris*, un tipo de concha marina.

Adentrándonos en el capítulo décimo tercero, titulado ‘La moneda céltica’, se nos muestra el panorama de la moneda celta, cuyos primeros contactos fueron entre los siglos IV y III a.C. con el oro mercenario de Macedonia y de Sicilia, aunque este se usaba para una posterior tesaurización o distribución entre vasallos de los guerreros celtas. Inspirados en las monedas de oro de Filipo II y Alejandro III, las monedas acuñadas por los celtas prefieren la imagen de Apolo y también animales, como el caballo. Por otro lado, suelen aparecer motivos iconográficos basados en símbolos abstractos resultado de la ingesta de sustancias alucinógenas. Por último, se analiza la situación monetaria de los asentamientos de los celtas en Europa hasta la Hispania celtíbera.

El capítulo décimo cuarto, ‘China’, nos expone una breve historia de la moneda china, poniendo en cuestión el supuesto hermetismo chino, dado que se han encontrado algunas monedas grecorromanas y persas en dicho territorio, aunque es cierto que el sistema monetario chino no se abrió hasta la dinastía Tang. Se prefería el bronce, aunque circulaban pequeñas monedas de oro que desaparecen en la dinastía Han. Se crean monedas redondas con un agujero cuadrado en el centro, inspiradas en el *yin-yang* y su cosmología. Esta moneda se generaliza y se impone un control de la emisión y circulación de dinero con la dinastía Qin. No obstante, la moneda china sufrió una gran crisis por el alza del precio del bronce, de resultas de lo cual sufrió una fuerte devaluación.

Al final de este libro aparecen dos últimos apartados: el primero abarca una selección de textos que versan sobre las opiniones de diferentes autores sobre la moneda, como el pago que realiza Cartago a unos mercenarios o el modo en que se fabrica y se acuña la moneda india; la segunda es una selección de monedas que han aparecido a lo largo de este texto. También se ha de añadir que otras monedas aparecieron a lo largo del libro. Las imágenes que se nos muestran están en blanco y negro, con el verso y el reverso. Tal vez el principal problema de estas imágenes es la dimensión de la moneda, bastante reducido, y la calidad de la imagen, aunque son bastante legibles.

En definitiva, este libro es imprescindible para todo aquel que quiera conocer cómo funcionó el sistema monetario de los pueblos antiguos, la tipología, su historia e incluso su repercusión en la Historia. Es un trabajo accesible tanto para estudiantes como para el lector curioso gracias a su lenguaje técnico sencillo, claro y ameno, a lo que se añade una sección de textos que ilustran perfectamente la situación de la moneda.

Víctor Manuel López Trujillo

Universidad de Málaga

